

# LA LITURGIA, LA BELLEZA QUE SALVA

## *Liturgy: the Saving Beauty*

DIEGO ALBERTO URIBE CASTRILLÓN\*

### **Resumen:**

En un mundo dramático en el que el ser humano ha perdido la esperanza, la belleza es una opción que le permite al hombre acercarse a la identidad de su ser, a las razones para contemplar, en medio de las ruinas de un mundo sin sentido, una posibilidad para ser, para realizarse, para expresarse.

La Liturgia, expresión de la fe se hace entonces espacio revelador de la intimidad del hombre y expresión de su anhelo de sentido, de paz, de alegría, de esperanza.

**Palabras clave:** Liturgia – Arte sagrado – Sacramentos – Estética religiosa – Teología.

### **Abstract:**

In a dramatic world where the human being has lost any hope, the beauty is an option which allows the person to come up to the identity of his being, to the reasons we may have to contemplate, in the midst of the ruins of a world without meaning, the possibility to exist, to fulfill our potential and to express ourselves. Liturgy, as the expression of faith, becomes then a space where the person's intimacy is revealed, where he can express his great desire for meaning, peace, joy and hope.

**Key words:** Liturgy – Holy Art – Sacraments – Religious Esthetics – Theology.

---

\* Presbítero de la Arquidiócesis de Medellín. Magister en Teología de la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma. Docente de Teología en la Universidad Pontificia Bolivariana desde 1986. Miembro de la Academia Colombiana de Historia Eclesiástica. Delegado de Liturgia de la Arquidiócesis de Medellín. Artículo recibido el 02 de febrero de 2008 y aprobado por el Consejo Editorial el día 10 de marzo de 2008.

Dirección del autor: diego.uribe@upb.edu.co

En un mundo lleno de inmensas amarguras, en medio de la crisis de esperanza en la que se debaten tantísimos seres humanos, la belleza da gozo y esperanza precisamente, así como iniciaba la espléndida constitución<sup>1</sup> del Concilio Vaticano Segundo, en la que se retrata la realidad de la humanidad y en la que se mira al mundo a través de los ojos de la fe.

Es la fe, escuela de esperanza, la que, de algún modo, nos reúne en este encuentro. Es la Revelación del Amor de Dios la que motiva una larguísima historia de expresiones del arte, de la cultura universal, es la fe la que inspira el corazón de los artistas para plasmar, como sabemos, la belleza que procede del mismo Creador.

Es que se cumple lo que ya se anuncia en el Génesis: "*vio Dios todo lo que había hecho y vio que era bueno*"<sup>2</sup>, y también se proyecta sobre el drama de la historia la realidad del hombre que prosigue la obra de a creación.

El Siervo de Dios Juan Pablo II decía en su Carta a los Artistas que "*la belleza es la expresión visible del bien*"<sup>3</sup>, el bien es un anhelo humano que se busca con insistencia, incluso como manifestación de la integralidad de los valores humanos y no solo como una tendencia, sino como una meta hacia la que camina todo lo que hace más digna la vida.

Por algo lo decía Platón en el Filebo: "*La potencia del Bien se ha refugiado en la naturaleza de lo Bello*"<sup>4</sup>.

Entonces en el alma del hombre existe este espacio que, como podemos constatar no con poca tristeza, parece estar vacío en tantos corazones. El mundo en el que vivimos se debate en medio del drama de lo bello que no conoce y de la suma de temores que marca la vida, la sume en sombras tantas veces reflejadas en lo que expresa la angustia de los tiempos presentes.

Pero vamos ahondando en nuestra reflexión. Los creyentes proclamamos la revelación definitiva de Dios. Jesucristo nos ha mostrado el rostro antes desconocido de Dios, Dios ha tomado de su misma obra creadora al hombre para hacerlo su lenguaje, su "*palabra hecha carne*"<sup>5</sup>, la que habló desde el principio en el misterio de una cadena de revelaciones en las que Dios nos fue hablando con pedagogía paternal, "*de muchas maneras, de muchos modos, habló Dios a los hombres*"<sup>6</sup>.

La Belleza que se refleja en la persona de Cristo ha sido el tema de todas las artes ya por casi dos mil años. Juan Pablo II, a quien seguimos citando en su Carta a los Artistas,

<sup>1</sup> Concilio Ecu­mé­ni­co Va­ti­ca­no II. Con­sti­tu­ción Pa­sto­ral *Gaudium et Spes*.

<sup>2</sup> Génesis 1,31.

<sup>3</sup> Siervo de Dios Juan Pablo II, Carta a los Artistas, 3.

<sup>4</sup> PLATÓN. *Filebo*, 65.a

<sup>5</sup> Cf. Juan 1, 14.

<sup>6</sup> Cf. I Juan 1, 1.

no vaciló en decir que: "... esta manifestación fundamental del 'Dios-Misterio' aparece como animación y desafío para los cristianos, incluso en el plano de la creación artística. De ello se deriva un desarrollo de la belleza que ha encontrado su savia precisamente en el misterio de la Encarnación. En efecto, el Hijo de Dios, al hacerse hombre, ha introducido en la historia de la humanidad toda *la riqueza evangélica de la verdad y del bien*, y con ella ha manifestado también *una nueva dimensión de la belleza*, de la cual el mensaje evangélico está repleto"<sup>7</sup>.

Pero es una belleza contradictoria, pues cuestiona y remueve las estructuras humanas de la belleza de un modo singular. No se apoyará, como en los griegos, en el canon de la armonía, ni en las perfectísimas proporciones de la figura humana ideal. Esta, que hemos llamado belleza contradictoria, se empeña en mostrar como ideal de perfección a quien la humanidad conoció en la simplicidad del Evangelio, como nos lo acaba de recordar la citada referencia.

Si bien en sí mismo el Evangelio es una obra de arte, su redacción sencilla y humilde refleja lo que algunos han contemplado de la gloria de Dios, como nos lo dice ampliamente San Juan en el inicio de su carta, lo que experimentaron de la misma revelación viva de Dios.

Pero había que describir las realidades dramáticas en las que se lee la vida de Jesús, el Cristo. Su historia hubiese quedado inconsistente e incompleta sin pasajes llenos de dramatismo y de impacto. Miramos, incluso con no poco asombro, una redacción llena de referentes humanos para mostrar acciones y actitudes del Maestro rodeado de un grupo de gente en extremo simple.

Para ese grupo humano, simple, humilde, el Evangelio se fue haciendo expresión viva, visible, sensible. Se podía ver, escuchar, cantar, en una palabra: se podía celebrar, convirtiendo en expresión festiva toda la vida humana, leyendo, incluso, con las palabras de la fe, con las expresiones de la fe, la vida misma de los seres humanos que, en todas las culturas, fueron recibiendo la buena noticia de la salvación.

La liturgia, comúnmente se ha definido como una acción del pueblo, y como tal, encuentra en la expresión diaria de cada creyente un camino, un lenguaje, una vitalidad.

Incluso no se restringe al ritual elaborado y maravilloso que se vive en el recinto sagrado en el que el Pontífice recoge la alabanza del pueblo santo.

La liturgia se convierte en la motivación constante para una serie de magníficas expresiones. Y la Belleza, generosa manifestación de la gloria de Dios, se convierte, desde el mismo inicio, en la aliada de la fe, en su lenguaje, en su expresión.

<sup>7</sup> Siervo de Dios Juan Pablo II, Carta a los Artistas, 4.

La vida de Cristo, la Historia de la Salvación, la historia del pueblo de Dios, ayer en Israel, ahora en el mundo entero, se manifiesta en signos que se sienten, se ven, se comprenden.

Lo que para la Primera Carta de San Juan era su experiencia personal del Verbo encarnado, para los hombres de ayer y de hoy podría traducirse en algo que podría leerse así: *Lo que hemos visto, lo que hemos oído... lo hemos visto, lo hemos oído, lo hemos saboreado, lo hemos palpado en la Celebración de la fe*<sup>8</sup>.

La Liturgia, en su expresividad, se hace entonces comunicación de la esperanza, de la vida, de los anhelos, de los sueños, de las tristezas y de los gozos de los hombres. Allí se manifiesta el hombre sediento de valores, de ideales, de alicientes para su camino de fe y para su vida toda.

Cuando el cristiano se hace discípulo de Cristo de verdad, empieza a impregnar toda su vida de la fe que ha recibido. Allí aprende a entender que la Belleza del arte se hace solidaria con su afán de expresar la alegría del corazón, la esperanza, e incluso de encontrar en lo que se celebra las respuestas que tantas veces ha buscado y que, en definitiva, solo la fe puede darle.

El entonces Cardenal Joseph Ratzinger decía en 2002 en Rímìni, Italia:

Quien cree en el Dios que se manifestó precisamente en las semblanzas de Cristo crucificado como '*amor hasta el final*' sabe que la belleza es verdad y que la verdad es belleza, pero en el Cristo que sufre aprende también que la belleza de la verdad comprende la ofensa, el dolor, y el oscuro misterio de la muerte.

Pero precisamente en este rostro tan desfigurado (Sábana Santa) aparece la auténtica belleza: la belleza del amor que llega '*hasta el final*' y que se revela más fuerte que la mentira y la violencia. Tenemos que aprender a verlo, si somos golpeados por el dardo de su paradójica belleza, entonces le conoceremos verdaderamente<sup>9</sup>.

Esa belleza del amor donado hasta la plenitud, la vive la Iglesia de muchos modos. Es que la Iglesia misma está llamada a ser signo de esa belleza, a construirla y realizarla en la vida diaria.

En su misión de fe, la Iglesia se hace expresión de la belleza salvadora. Incluso en ella misma hay una vocación a la belleza, como signo de su realidad, como llamada a ser perfección en medio del mundo que tantas veces manchamos con la sombra del mal. De ahí que también la Comunidad creyente encierra la Belleza de la revelación,

<sup>8</sup> Cf. I Juan I, 1ss.

<sup>9</sup> RATZINGER, JOSEPH. Conferencia pronunciada en Rímìni el 21 de agosto de 2002.

por lo que, con razón, el Papa Benedicto XVI decía en el discurso de la Inauguración de la Conferencia de Aparecida, hablando de la Iglesia como signo de belleza:

Este icono estupendo tiene un valor *escatológico*: expresa el misterio de belleza que *ya* constituye la forma de la Iglesia, aunque *aún no haya alcanzado su plenitud*. Es la meta de nuestra peregrinación, la patria que nos espera y por la cual suspiramos. Verla con los ojos de la fe, contemplarla y desearla, no debe ser motivo de evasión de la realidad histórica en que vive la Iglesia compartiendo las alegrías y las esperanzas, los dolores y las angustias de la humanidad contemporánea, especialmente de los más pobres y de los que sufren (cf. *Gaudium et spes*, I).

Si la belleza de la Jerusalén celeste es la gloria de Dios, o sea, su amor, es precisamente y solamente en la caridad como podemos acercarnos a ella y, en cierto modo, habitar en ella. Quien ama al Señor Jesús y observa su palabra experimenta ya en este mundo la misteriosa presencia de Dios uno y trino, como hemos escuchado en el evangelio: "Vendremos a él y haremos morada en él" (*Jn* 14, 23). Por eso, todo cristiano está llamado a ser piedra viva de esta maravillosa "morada de Dios con los hombres". ¡Qué magnífica vocación!<sup>10</sup>

Nuestra tarea hoy es hacer presente el esplendor de esa nueva Jerusalén en la realidad del mundo, en la vida del pueblo de Dios peregrino por los más dramáticos caminos de la Historia.

Aquí estamos, hemos venido a contemplar la belleza de las creaciones humanas, pero, sobre todo, hemos venido a ahondar en la íntima belleza de la fe, de la que salva. Es una fe en Jesús, al que tenemos siempre muy cerca, al que adoramos con expresiones de fe sencilla que se refleja en el esplendor maravilloso de las bellezas que la liturgia vive y anuncia.

Nosotros hemos de hacer coincidir, en cuanto hacemos y realizamos, unos ideales de fe que alcanzan su expresión más viva en la vida del hombre de hoy. Tenemos que convertir en belleza salvadora los dolores y esperanzas de la humanidad.

La Liturgia ha de servir al propósito de restaurar la belleza original del mundo, del hombre, de la Iglesia. Ella será el camino para llenar de esperanza el corazón del hombre, ella, unida al compromiso con el hombre, con sus dolores y esperanzas, ha de ser la expresión de una humanidad renovada, reconciliada, santificada. La liturgia hace que la Belleza se convierta en clave del Misterio. Ya lo dijo Juan Pablo II, en su carta a los Artistas:

<sup>10</sup> BENEDICTO XVI. Homilía de Inauguración de la V Conferencia del Episcopado Latinoamericano. Aparecida, Brasil, 13 de mayo de 2007.

La belleza es clave del misterio y llamada a lo trascendente. Es una invitación a gustar la vida y a soñar el futuro. Por eso la belleza de las cosas creadas no puede saciar del todo y suscita esa arcana nostalgia de Dios que un enamorado de la belleza como san Agustín ha sabido interpretar de manera inigualable: "¡Tarde te amé, belleza tan antigua y tan nueva, tarde te amé!"<sup>11</sup>.

La Belleza alcanza su expresión también en el misterio de María, "belleza, que alegraba los ojos de todos los otros santos"<sup>12</sup>, belleza que es pobreza glorificada, esperanza cantada, fidelidad armoniosa, nos ayudará realizar el sueño de ver cómo en la vida de los hermanos de Jesús se refleja la luminosa y humilde belleza de la Madre. Ella en la liturgia, digna, elocuente, sencilla, armoniosa, llena de paz, de esperanza, de Evangelio, nos recordará que es la belleza... la que salvará al mundo.

---

<sup>11</sup> Siervo de Dios Juan Pablo II. Carta a los Artistas, 16.

<sup>12</sup> ALIGHIERI, DANTE. *La Divina Comedia*. Paraíso XXXI, 134-135.